

EL PORVEJIR DEL OBRERO

Lo que hay que pedir

Los que no tienen razón, los que saben que no la tienen, no pueden hablar con franqueza. Han de recurrir á la hipocresía. Esto hacen los burgueses cada vez que hablan de las *excesivas pretensiones* de los trabajadores.

No quieren conceder nada, ni un pequeño aumento en los salarios, ni una insignificante mejora en las condiciones del trabajo. Pero, al mismo tiempo, no quieren arrostrar la odiosidad de su intransigencia. Dicen que los obreros piden demasiado, como queriendo dar á entender que si pudiesen poco les sería concedido.

Nada más lejos de la verdad; ni los obreros piden mucho, ni serían atendidos si pudiesen menos.

¿Qué piden los obreros? Generalmente, se limitan á reclamar lo que necesitan absolutamente para la vida. Piden un poco más de jornal, para tener en su casa un poco más de pan, que les hace falta para alimentar á sus hijos; piden un poco más de descanso, porque lo necesitan para reponer sus agotadas fuerzas.

¿Es esto excesivo? ¿Puede considerarlo excesivo el burgués que come mucho y bueno y que ha de recurrir al médico para que le cure enfermedades producidas por la falta de ejercicio?

Es cierto que los burgueses, aun suponiéndoles individualmente la mejor voluntad, no pueden, á veces, acceder fácilmente á lo que los obreros piden. La conciencia individual, que en hipótesis consideramos buena se ve ahogada por las exigencias del negocio. El burgués bueno se vé anulado por la maldad de la burguesía, por la maldad del sistema.

Si los trabajadores de todas las fábricas de un género ganan dos pesetas de jornal, por ejemplo, no puede un fabricante aislado aumentar el jornal hasta tres pesetas, porque entonces la fabricación le resultaría más cara y no podría sostener la competencia.

Esto es claro, pero no es irremediable. El remedio está en exigir el aumento, no á un fabricante aislado, sino á todos los fabricantes del mismo género. Esto ofrece en apariencia la dificultad de que aumentarían los precios de las cosas y la vida sería más cara. Pero la práctica demuestra que allí donde es más cara la vida el trabajador come y viste mejor que en los países donde la vida es barata. Esto se explica porque los jornales sólo representan una parte del precio de las cosas, de modo que la relación entre el aumento de los precios y el aumento de los jornales no puede ser exacta. Lo que al trabajador le conviene es cobrar jornales elevados, aunque las cosas que necesita aumenten de precio.

Respecto á la disminución de las horas de trabajo, la ventaja es aun más evidente. No se trata sólo de la necesidad de un descanso suficiente para reponer las fuerzas gastadas en el trabajo; se trata también de lograr que haya trabajo para los más trabajadores posibles. Sabido es que la dificultad mayor y más apremiante con que tienen que luchar los trabajadores no es el jornal reducido, sino las huelgas forzosas á que les obliga la falta de trabajo. Cuando el trabajo falta, no hay pan en la casa del obrero, la mujer se lamenta y los niños lloran; entonces el obrero sale á la calle desesperado y solicita trabajo á cualquier precio y en cualesquiera condiciones. Los burgueses, que hemos supuesto buenos, pero que generalmente no lo son, aprovechan esta situación desesperada del trabajador para imponerle las condiciones peores y colocarle en el lugar que ocupaba un compañero que trabajaba en condiciones aceptables. Este se verá pronto agobiado por los mismos sufrimientos y no tardará en seguir el mal ejemplo. Así unos cuantos trabajadores sobrantes, arrastrados por la necesidad, obligarán á vivir miserablemente y á trabajar hasta la extenuación á todos los trabajadores de una comarca.

¿Tiene esto remedio? Sí. — El remedio está en la asociación de los trabajadores para imponer en conjunto las condiciones que á todos convengan.

Unidos, solidarizados, han de reclamar los trabajadores todas aquellas mejoras que de momento necesitan, todo lo que les haga falta para vivir con desahogo. La misma resistencia hallarán de parte de los burgueses si piden poco que si piden mucho. Y es mucho y no poco lo que necesitan y lo que tienen derecho á pedir.

Ahora, el esfuerzo de los trabajadores de todo el mundo debe encaminarse á conseguir, desde el 1.º de Mayo de 1906, la jornada de ocho horas como máximun en todos los oficios. Será una mejora positiva y práctica que permitirá la colocación de muchos trabajadores que se hallan desocupados, y también podrá ocasionar la subida de los jornales, ó al menos impedirá que bajen, por las razones que dejamos expuestas.

Pero esto no basta; conseguidas las ocho horas, todavía quedará mucha distancia del hecho al derecho; todavía continuará el abismo abierto entre las dos grandes clases sociales, la de los amos y la de los asalariados; todavía los trabajadores podrán sufrir miseria y hambre; todavía el miserable y el hambriento serán insultados por la ostentación del lujo de los injustamente privilegiados.

Y eso debe acabar; no se habrá realizado el derecho hasta que eso acabe, hasta que no haya pobres porque no haya ricos, hasta

que á ninguno le falte porque á otro le sobre.

Bueno es pedir mejoras, es necesario; pero la gran mejora á que se debe aspirar; la mejora fundamental y necesaria es la socialización de la tierra, de las minas, de las fábricas, de los medios de transporte, de todos los instrumentos del trabajo.

Mientras que todos los hombres no sean libres é iguales dentro de una organización que asegure el derecho á la vida y al bienestar para todos, los oprimidos, las víctimas de la sociedad presente, los trabajadores todos, no deben cansarse de pedir, de reclamar, de luchar por sus derechos.

JUAN CUALQUIERA

Las dos clases

Es «brutal», efectivamente, el libro que Mr. Ferdinand Buisson presentó el otro día á los apacibles lectores del *Radical*. Se intitula *Las Clases Sociales*, y su autor, el profesor Nicéforo, de Bruselas, no hace sino consignar en él, con la precisión matemática y fría de la estadística, el resultado de investigaciones antropológicas.

Este libro es brutal. Ha sido escrito para sacudir más de un sosiego, para turbar más de un optimismo. Sí, conducirá á muchas dudas sobre el valor de un sistema social que, por medio de las torturas combinadas del trabajo y de la miseria, entrega la mitad de la humanidad á la degradación física y con el tiempo amenaza herir á toda la especie, agotando la savia humana.

Por nuestra parte, revolucionarios y anarquistas, no habíamos esperado, ciertamente, al doctor Nicéforo para notar que hay dos clases sociales separadas por la propiedad y que la igualdad civil celebrada por los apologistas burgueses no es más que una mentira oficial. El socialismo entero nació de esta observación.

Pero la realidad de clases sociales absolutamente distintas, y particularmente de una clase obrera, sólo se había establecido hasta ahora por los economistas. Como economistas escribieron no ha mucho nuestros amigos Pelloutier *La Vida Obrera en Francia*, ese bello libro sustancial y trágico. Ninguno todavía se había inquietado por conocer si solamente diferencias económicas separan á ricos y pobres ó si existen también obras diferencias físicas, psíquicas y morales. Por lo tanto, así como hay dos economías sociales, la del rico y la del pobre, ¿por qué no ha de haber dos fisiologías, dos psicologías, dos morales?

Con este pensamiento emprendió Mr. Nicéforo sus investigaciones. Según los más recientes métodos de la antropometría, examinó 3.147 niños de siete á catorce años, repartidos en dos grupos: *hijos de obreros* («albañiles, jornaleros, obreros de industrias ó de transportes, pequeños oficios manuales») é *hijos de padres acomodados* («rentistas, profesiones liberales, empleados, comerciantes») y de observación en observación al fin hubo de concluir que entre el rico y el pobre existen diferencias más esenciales y profundas que las que la riqueza crea: diferencias de sangre, diferencias de raza!

«—Por la batalla, resume Buisson, el niño rico es siempre mayor que el pobre (á los catorce años el uno alcanza 150 centímetros, el otro 146.)

»Por el peso, los mismos resultados en todos los años (niños de catorce años, por ejemplo: kilos 40'5 en los ricos, 37'8 en los pobres; niñas, 44'9 por 41'7.)

»Perímetro del tórax: 69'6 por 66'6.—Poder de la respiración: 7'1 por 6'5.—Fuerza muscular: 24'8 por 23'3.—No he de dejarlo sin citar la ingeniosa medida de la resistencia á la fatiga. En la primera serie de diez golpes en el degnamómetro la diferencia entre los dos muchachos es insignificante. En la segunda serie es de 12 á 17: el niño pobre no tiene reservas; pronto está agotado.

»Las mismas observaciones, de abrumadora uniformidad, cuando se trata de la fuerza del cuerpo, de la capacidad del cráneo, de la sensibilidad del tacto, ó de cualquier otro carácter físico en uno y otro sexo. *La duda es imposible: hay dos razas!*

»Nuestro sabio, añadiendo á sus propios trabajos los resultados de diversas estadísticas ya publicadas, nos pone friamente ante un hecho, no moral y social, sino antropológico: la inferioridad física de cierta parte de la humanidad que llama *las clases pobres*. Es el título de su libro. Estaba, pues, en lo cierto: en plena civilización, en plena democracia, los pobres forman, á los ojos del naturalista, una subdivisión de la raza específicamente anemiada y deprimida.»

¿Cómo se explica un tal estado de debilitación, de degeneración? También nos responde con cifras, tomadas de informes de higienistas y economistas europeos—, cifras cuya voz implacable levanta contra el régimen terribles requisitorias. A lo que acusa es á la fábrica capitalista, la fábrica homicida donde, entre el humo, el calor y el polvo, hombres, niños, mujeres, todo un pueblo de proletarios se destruye trabajando; los salarios bajos y los muchos días sin trabajo, la alimentación insuficiente y malsana, y las pequeñas habitaciones en que viven amontonados, el mal vino de las tabernas y el mal amor de los prostíbulos; la trinidad asesina de los pobres: el alcoholismo, la sífilis y la tuberculosis.

Hablemos con franqueza: á quien acusan esas cifras es á la organización capitalista fundada sobre la propiedad y garantida por la ley. Y detrás de la explotación están los explotadores, la gran burguesía industrial y financiera y la pequeña burguesía acurrucada en sus tenduchos, la una viviendo del trabajo, la otra del trabajador.

La ignorancia del proletariado, su inferioridad ante el saber ¿qué vale comparada con esta inferioridad constitucional, esta inferioridad de músculos, de carne y de sangre, que la exceptúa de la fisiología normal y hace de ella, no solamente una clase distinta de la sociedad, sino una raza atrasada y degenerada de la especie?

He aquí, pues, lo que dice el antropólogo y lo que con él repite Ferdinand Buisson. La fuerza de los prejuicios ha tenido que ceder, en este demócrata filósofo, á la fuerza de la demostración científica. Cómo nos gusta oírle decir:

«Podemos olvidar esta desigualdad fundamental y contra naturaleza. Pero cuando se nos la hace aparecer á la luz clara de documentos puramente científicos ¿qué hacer? La ilusión no es ya posible. *Hay que escoger: ó decidir que no hay sino dejar así las cosas, ó decidir que hay que cambiarlas.*»

Pero ¿cómo? Ahí está el problema. ¿Cómo entiende Mr. Buisson que se ha de abolir la desigualdad social? Será por la expropiación revolucionaria de la burguesía explotadora? Será por la acción legislativa?

¡La expropiación! ¡La revolución! ¡Alto ahí! Mr. Buisson es un hombre de orden y de legalidad; el alto funcionario que fué hace tiempo y de que conserva el carácter protesta contra el anarquismo evidente de estos métodos violentos. Únicamente espera

la cesación de la iniquidad por el «desarrollo progresivo y rápido de la democracia», por la «organización del proletariado para la conquista del poder por medio de los dos omnipotentes instrumentos de presión y sobre todo de emancipación que tiene en sus manos: la sociedad obrera y la papeleta electoral.»

¡Palabras! No ignoramos ciertamente que estas son las mismas palabras—la comprobación es picante—de que se sirve hoy día el partido socialista. Ello es otra prueba de que la inteligencia entre demócratas burgueses y demócratas socialistas—contra la revolución—es posible y próxima.

La democracia, ó como dice Buisson, el desarrollo progresivo y rápido de la democracia nada puede, absolutamente nada, contra el régimen de clases sociales. Las clases son anteriores y superiores á la democracia; son en la sociedad formas extralegales y es en vano invocar contra ellas los rayos de la ley. Por atrevida que se la suponga, la acción legislativa está lejos, en efecto, de poseer la soberana potencia que el idealismo de legisladores y juristas le presta tan gratuitamente. Se mueve dentro del privilegio económico y bajo su dependencia y no sabría revolver contra él. La propiedad burguesa está por encima de la ley, por encima del Estado y nunca las oligarquías poseedoras permitirán á la ley ni al Estado que salgan de su esfera y se muestren francamente subversivos. Hubo necesidad de una revolución violenta para poner fin al privilegio de las minorías feudales. ¿Qué revolución más violenta todavía, por más radical y más profunda, no será necesaria para acabar con el privilegio económico de propiedad, sobre el que se edifica el orden social entero? Pero la revolución no es la ley—es todo lo contrario; es la insurrección, es la fuerza que «pare» las sociedades que quieren nacer, la fuerza que sola hace y puede deshacer el derecho!

¡Democracia, República, Legalidad! Palabras, palabras! Ya no creemos en su poder mágico. Declaramos la lucha de clases, la eterna lucha del oprimido contra los tiranos, y no queremos creer sino en la necesidad de hacernos fuertes—para luchar y para vencer.

La lucha de clases es el medio decisivo de matar el régimen de clases. Sin duda existió siempre; pero sólo desde hace poco adquirió conciencia de sí misma, de la grandeza de su esfuerzo y de su ideal: la expropiación de la burguesía y la organización del comunismo libre.

Sobre nuestro concepto de la lucha de clases sería preciso escribir un artículo entero. Indicaré aquí sobriamente que la concebimos á la vez como una lucha económica y política, dirigida en conjunto contra la propiedad y contra la autoridad. La queremos directa, conforme al principio: la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos. Y no pensamos, en fin, que debe ser sólo un movimiento de masas y reducirse á manifestaciones puramente colectivas, como la entienden los socialistas revolucionarios y los sindicalistas. Los actos individuales, las iniciativas aisladas realzan, aunque no lo admita alguno, la lucha de clases y, no menos que la acción colectiva del sindicato y del comité de huelga, preparan valientemente, libremente, la revolución futura.

—Pero cuán lejos estamos de las terapéuticas legalitarias y del pacifismo enternecido de Mr. Ferdinand Buisson!

AMÉDÉE DUNOIS

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

- 1 **La Ganancia**—Consideraciones generales según el criterio libertario, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 **El Patrimonio Universal**—Conferencia sociológica, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.

La clase media

Bien dijo Carlos Marx cuando afirmó que «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos».

En vano es que, debido á las modernas democracias, los de abajo escalen las eminencias sociales; en vano es que de cuando en cuando surja de la multitud alguna excepción que, á fuerza de sacrificios constantes y al calor de un amor inextinguible al estudio, remonte un humilde las regiones de la ciencia; en vano es que, como premio á una probidad y una inteligencia puestas al servicio del Capital, logre un obrero esa posición desahogada que concede el especulador burgués á quien bien le sirve.

Son vanas todas estas posiciones ventajosas que la sociedad burguesa y capitalista concede al proletario cuando escala una posición política, cuando domina la ciencia y cuando se labra una modesta fortuna; el que antes por virtud de las propias necesidades tal vez concebía en su mente un remedio al mal de los tiempos modernos, y lo concebía de un modo radical y general, ahora, por propio egoísmo, en un momento de dulce y plácida tranquilidad, al considerar el bienestar de su actual existencia, llega á variar por completo hasta la esencia de su propio ser y, en su torpe y maligna temeridad, se figura con méritos propios, debidos á la altura de sus condiciones naturales, negando hasta el árbol genealógico de su pobre pero honrada familia, al ingresar en ese nuevo mundo social que llaman clase media.

Por esto repito que son vanas todas esas ventajas, y añado que precisamente son la causa que más se opone á la verdadera redención del proletariado; la certeza de la sentencia de Carlos Marx la estamos contemplando todos los días; ahora mismo en Inglaterra, en ese país en que la democracia y la libertad parece tener su más amplia base, su más firme sostén, se nos ofrece un ejemplo práctico.

Una infinidad de trabajadores han quedado en mitad del arroyo con la boca abierta y los bolsillos vacíos, con motivo del traslado de algunas industrias de Londres al Norte de Inglaterra. ¿Sabéis por qué estos honorables burgueses han decidido este traslado? Sencillamente: por lo de siempre, por la aplicación cada vez en mayor escala de nuevos procedimientos mecánicos y por la elevación de los salarios en las capitales. En el Norte de Inglaterra hallarán gentes que, por su mísera existencia rural, con menos salario harán lo que los obreros londinenses.

El Gobierno inglés sólo está obligado á garantizar la libertad individual, en el orden político, de todos los ciudadanos, y además garantiza la libre explotación burguesa en contra del proletariado. De eso comen los autoritarios: de la contribución monetaria del explotador.

¿Harán posible la solución de este problema de la crisis obrera actual en Londres los excepcionales ciudadanos que en alas de su genio se colocaron á una envidiable altura social? Jamás. Por este solo hecho, dejaron ya de pertenecer á su antigua familia, y como sus intereses son otros, y cada uno está en la obligación de defenderlos, de ahí que la flamante clase media nunca, nunca de grado, resolverá humanamente el problema social en cualquiera de sus aspectos.

Fabricantes y gobernantes son descendientes directos del escarnecido pueblo, de los actuales sin-trabajo, y esto no ha impedido que la crisis se presentara, como no impedirá que la solución de la peor manera posible para los explotados.

Lamentamos que un cronista español residente en Londres haya tenido motivo de exclamar: «No; no se hará la revolución en Inglaterra, porque las clases altas están sostenidas por una numerosa, fuerte y disciplinada clase media: pero al par que aumenta la riqueza de la Gran Bretaña y prospera

el comercio, crece en las grandes poblaciones el número de los sin trabajo. A las demandas de este creciente número de hambrientos contestó ayer Mr. Balfour con un sencillo y cruel *non possumus*. Por primera vez fué ayer el Presidente del Consejo, lúcido, claro y conciso:

«No se hará la revolución, pero no me extrañaría que algún día de estos se cubriesen de sangre las calles de Londres.»

¡Y todo ello por causa de la maldita clase media, por culpa de la espúrea clase media, erigida en verdugo de sus propios hermanos!

Hagamos reflexiones acerca de ello, y no olvidemos con Carlos Marx, que, «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos»...

LORENZO PAHISA

Ojo avizor

El veredicto de inculpabilidad dictado por los señores del jurado en la causa de las bombas del Coll ha indignado al elemento policiaco y ha sentado mal á algunos de los reaccionarios; daba gusto ver la admiración que demostró la sospechosa gentuza que invadía los pasillos de la Audiencia al saber la para nosotros grata nueva; pero no nos durmamos sobre los laureles de la victoria, porque yo creo que no hay tales laureles ni tal victoria.

Verdad es que Picoret, Corominas y Serra están en sus casas; pero Bernadas, Miranda, Pujol y otros están ocupando celdas de la odiosa Bastilla catalana, acusados de tener participación en hechos análogos al que dió lugar á este proceso y bien puede ser que la ruindad de los que han acogido con disgusto la solución de esta causa, agucen su ingenio para que en la vista de la causa por la bomba de la calle de Fernando y del Palacio de Justicia puedan saciar su bestial deseo viendo como un jurado menos razonable convierte en carne de presidio á los que por educación y por temperamento les pertenece ocupar un lugar digno en la sociedad, porque su laboriosidad y honradez es reconocida hasta por los mismos burgueses donde trabajan.

Eso, con ser mucho, no detendría en sus malvados planes á los que creen poder exterminar el anarquismo dictando sentencias condenatorias contra algunos anarquistas acusados de autores de hechos, que, por más que hagan, la opinión acusa, pero no á los anarquistas: acusa á los policías y es convicción también del vulgo que esos señores inquisidores que forman la sociedad de Defensa Social, tienen á sus órdenes á muchos agentes del cuerpo de orden (?) público, de los cuales se sirven para llevar á cabo fechorías, que den lugar á que puedan esos señores inquisidores pedir á grandes voces represión y encarcelar algunos y hacer enmudecer la voz de la razón.

No exponamos lo imposible que es matar una idea haciendo víctimas á algunos de sus adeptos; no, no es ese el deseo que mueve mi pluma en estos momentos. Por temor de que se nos envuelva en una red á los anarquistas escribo estas cuartillas dando la voz de alerta. Por correo, bien franqueadas y bien dirigidas he recibido esta semana dos hojas clandestinas que he inutilizado enseguida de leerlas. En ellas se habla cual si fueran anarquistas los autores de dichas hojas y su contenido es tan solo de destrucción, de muerte, de guerra sin cuartel. Francamente, por más que el autor ó autores de dichos documentos expongan con maestría la razón que les asiste en querer poner en práctica la ley del Talió, yo he de manifestar que los tales documentos me han oído á policiacos, y como sea que recuerdo muy á menudo lo que *El Liberal* de Barcelona ponía en boca de Tressors, esto es, la confianza en los resultados de tener mucha confidencia, se hace preciso estar muy ojo avizor por si hay algún in-

cauto, deseoso de poner en práctica determinados hechos, no se vea envuelto en esa malévol red que la policía, por su cuenta ó por encargo, tiene tendida para ver si caza algún anarquista y hacer recaer sobre los anarquistas la culpabilidad, demostrando así su celo y sus meritorios trabajos.

Todavía no he podido borrar de mi mente la fatal impresión que me produjo la figura de Tossas, á quien ví por primera vez ante el tribunal en la Audiencia. Aquel degenerado exponiendo el modo como rastrearmente, traidoramente, se relacionaba con aquellos sencillos jóvenes á quienes daba el noble título de compañeros y luego se alejaba de aquel ambiente de bondad, impregnado en aspiraciones de justicia, para negociarlo ante el más asqueroso de todos los traficantes.

Aquel tipo repulsivo de quien el Fiscal retiró la acusación, mereciendo á la vez elogios (quizá por la semejanza en el sentir) de dicho señor, nos hace pensar con temor en los muchos Tossas que debe haber, encargados de preparar alguna prueba de que algún anarquista coloca alguna bomba ó bien la posee.

En la vista de la causa por la bomba de la calle de Fernando, el ridículo de la policía ha de ser mayor y la inocencia de nuestros compañeros será aun más demostrada y demostrable que en esta otra causa. La policía y los que tienen interés en demostrar de un modo ú otro lo contrario, no se detendrán ante nada; á los anarquistas, pues, nos toca el demostrar lo contrario.

No soy enemiga del hecho individual; rindo tributo de admiración á la memoria de los inolvidables compañeros Paulino Pallás, Angiolillo y otros; pero me indigna ver á ciertos *mocosos* propensos á darnos un disgusto, porque tienen la fatal chifladura de creer que la revolución puede hacerse con treinta céntimos de pólvora y una botellita de cualquier materia que les dijeron ser explosiva.

Hemos de evitar que los enemigos de la anarquía realicen su obra y lo conseguiremos no guardando contemplaciones á ciertos tipos que se dan tono de anarquistas, y de su ingenuidad creen sacar partido las víboras del orden (?).

TERESA CLARAMUNT

¡Bienaventurados...!

Las palabras del Evangelio: «Bienaventurados los pobres de espíritu», son la más espantosa de las falsedades, que por espacio de siglos han tenido á la humanidad en un pantano de miseria y servidumbre. ¡No, no! ¡Los pobres de espíritu son forzosamente rebaño, carne de esclavitud y de dolor! Mientras haya multitudes de pobres de espíritu, habrá multitud de miserables, de bestias de carga explotadas y devoradas por una ínfima minoría de ladrones y bandoleros. Llegará día en que haya una humanidad feliz, que será una humanidad que sepa y quiera. Hay que librar del pesimismo de la Biblia al mundo, amedrentado y abrumado desde dos mil años há, viviendo para la muerte; pues no hay cosa tan caduca ni tan mortalmente peligrosa como el viejo Evangelio semita aplicado todavía como único Código moral y social. ¡Bienaventurados los inteligentes, los hombres de voluntad y de acción, porque de ellos será el Reino de la tierra!»

EMILIO ZOLA

Obras á una peseta ejemplar
Luz y Vida, de Büchner.
Fuerza y Materia, de Büchner.
El Origen del Hombre, de Haeckel.

La paz armada

Vecino 1.º — Querido vecino: estoy muy contento de que siempre hayamos vivido en paz... he aquí por qué he encontrado una sólida vara de fresno. ¿Queréis verla?

Vecino 2.º — (Examinando la vara.) En efecto, es un excelente palo. Con él se podría destrozarse á las mil maravillas un cráneo por resistente que fuese. ¡Afortunadamente vivimos en buena inteligencia! Yo también voy á comprarme una vara semejante, por mucho que mejor sería emplear el dinero en compras de cosas que me faltan en el hogar.

Algún tiempo después:

Vecino 1.º — Mira, vecino. Me he deshecho de la vara, vendiéndola á uno que era menos civilizado, pues si se considera bien, es muy grosero esto de pegarse con un palo. He aquí un sable que es de más fácil manejo y mucho más elegante. ¡Si supieras lo contento que estoy al considerar que vivimos en tan buena armonía!

Vecino 2.º — (Examinando el sable.) Realmente, es una felicidad ser cristiano, porque el cristianismo es la paz. Yo también voy á comprarme un sable. Un palo, si lo consideramos bien, es algo pagano.

Pasa algún tiempo más, y

Vecino 1.º — ¡Eh, vecino! Ven á ver. Tengo un fusil. Es infinitamente mucho más eficaz que un sable. Lo guardaré cuidadosamente... puesto que nuestras relaciones son pacíficas...

Vecino 2.º — (Examinando el fusil.) Muy bonito; yo también voy á comprarme un fusil.

Una vez entra en su casa el vecino 2.º, dice á su mujer:

— Dame algunas pesetas para comprar un fusil.

— ¿Estás loco? ¡Un fusil! Pero si no tengo con qué comprar vestidos para los niños.

— Hazte prestar dinero.

— Pero si no tengo nada que empeñar.

— Nuestros hijos se hacen grandes y fuertes; con su trabajo pagarán la deuda que hagamos y cederán una parte para pagar los intereses.

Los hijos, á coro: — ¡Tenemos hambre, papá!

— Callaos, no quiero gritos. Soy liberal y os concedo el derecho de tener hambre; pero zurraré al que me chille.

La madre y los hijos se echan á llorar y por puro amor á la paz el padre les administra una soberana paliza.

Y así continúa la conversación entre los dos vecinos.

Después, para mejor poder vivir en paz juntos y apalear á los hijos que la miseria hace rebelar, arman á algunos de sus hermanos con la misión de fusilar á los que desobedezcan la autoridad paternal. Y de este modo los dos vecinos viven una vida llena de privaciones y de miseria, comprando siempre nuevas armas para cuya adquisición se halla siempre el dinero necesario, mientras á los hambrientos se les niega hasta el pan. Todos los años los vecinos se hacen una visita de cumplido para mutuamente asegurarse sus buenos deseos de vivir en paz, de que ésta no corre riesgos de romperse.

¿Qué diríamos de unos vecinos que obrasen de este modo?

Seguramente los encerraríamos en una casa de orates ó los encarcelaríamos por haber maltratado á sus hijos.

Y, sin embargo, las relaciones entre las potencias se mantienen exactamente de este modo. Todos los años los pueblos escuchan las mismas alabanzas á la paz pronunciadas en los parlamentos rodeados de cuarteles, y los gobiernos tratan á los pueblos del mismo modo que aquellos vecinos tratan á sus hijos.

J. DOMELA NIEUWENHUIS

BARCELONA

Aunque nos interesen poco las cuestiones del regionalismo catalán, y menos en su parte reaccionaria que representan los periódicos *Cu-cut* y *La Veu de Catalunya*, no queremos pasar en silencio lo que ocurrió el sábado pasado en Barcelona, porque lo consideramos el hecho más grave para la nación española que ha ocurrido desde la pérdida de las colonias.

El sábado 25 del corriente se reunieron los oficiales de la guarnición de Barcelona en número de más de trescientos y asaltaron las redacciones de los dos periódicos arriba nombrados, rompiendo las puertas, destrozando todo lo que hallaron dentro y con los pedazos hicieron en la calle dos grandes hogueras.

Presenciaron los hechos el Gobernador Civil y el Militar y la policía barcelonesa.

Parece que el motivo de la irritación de los militares fué una caricatura publicada en el *Cu-cut*, que aquéllos consideraron insultante para el ejército.

* *

Estos son los hechos que relata la prensa con muchos detalles.

Ahora veremos lo que hace el Gobierno.

Ha habido una grave violación del derecho, un tumulto en la vía pública, ataques contra la propiedad que la ley considera sagrada y también contra las personas.

Si el Gobierno quiere restablecer el derecho, según es uso legal, castigando á los oficiales de la guarnición de Barcelona, se opondrá á ello todo el ejército.

Si no castiga, es de temer que se produzca una agitación en toda Cataluña, que si no se exterioriza en manifestaciones tumultuosas será peor, porque la protesta quedará en las conciencias.

* *

Nosotros no pedimos el castigo de nadie; nuestras convicciones nos impiden pedirlo.

Pero hacemos constar los hechos porque contribuyen á demostrar palmariamente lo que venimos diciendo siempre, esto es: que el respeto á la ley es un concepto vacío que se quiere imponer á los trabajadores, pero que no tienen los gobernantes ni los que ocupan puestos privilegiados en la actual sociedad.

Por las ocho horas

A las sociedades obreras de Barcelona y su radio.

Compañeros: Salud: En reunión de delegados de la Unión Local para tratar del movimiento iniciado en Francia sobre la jornada de las ocho horas para el 1.º de Mayo próximo y estudiar las iniciativas propuestas por las sociedades obreras de Barcelona y su radio para reunión de delegados que se celebrará el día 2 de Diciembre á las nueve de la noche en la calle de la Luna, 21, «Sociedad de Cerrajeros de Obras», á fin de estudiar y acordar definitivamente los trabajos que deben realizarse para que fructifique esta obra de verdadera vindicación y solidaridad del proletariado universal.

Entendiendo que esta obra está completamente desligada de todo compromiso de escuela, porque es la que más encarna el principio de la lucha económica, todos los delegados presentes mostráronse identificados en la necesidad para tomar parte en el concierto de la obra internacional de verda-

dera labor humanitaria y progresiva, para que todos emprendan y secunden el movimiento que reiteradamente han solicitado los compañeros franceses y en expectativa á secundarlo las Federaciones Españolas.

Compañeros: ¡Que se levante la opinión del obrero barcelonés! ¡Que no se desoiga el grito internacional! ¡Viva la jornada de ocho horas!

Por la Unión Local de Sociedades Obreras de Barcelona,

EL CONSEJO

La Correspondencia, Abaixadors, 10 principal.

(Se desea la reproducción en la prensa obrera.)

Manual y ejercicios de la lengua internacional **ESPERANTO**, 3 pesetas.

Vocabulario Esperanto-Español y Español-Esperanto, 6 pesetas.

Pueden adquirirse en esta Administración.

ECOS Y COMENTARIOS

Las últimas noticias, llegadas el miércoles por la prensa diaria de Barcelona, anuncian que se ha comenzado en París la vista de la eausa contra Malato, Vallina, Harvey y Caussanel, por la explosión de la bomba que mató un caballo al paso del Rey de España y el Presidente de la República francesa por la calle de Rohan.

El ministerio público cita á treinta testigos, funcionarios ó militares del séquito oficial, peritos y polizontes.

Los testigos de las defensas son cincuenta y cinco, entre ellos los siguientes españoles: los diputados Sres. Lerroux y Soriano; el ex-diputado Sr. Estévanez; el Sr. Salmerón y García (D. Nicolás); el ingeniero Tarrida del Mármol, corresponsal de *La Dépêche* de Tolouse en Londres, y el señor Lapuya, corresponsal de *El País* en París.

Otros testigos de descargo son: la famosa escritora Sevrine y las Srtas. Vallina, Bruce y Marechal; los renombrados publicistas Descaves, Tailhade, Quillard y Rochefort; los diputados franceses Jaurés, Briand, Chauvière, Sembat, Déjeante, Meslier, Pressensé, Méssimy y Gerault Richard, el compañero Sebastián Faure y otros.

En el Elysée-Montmartre se ha celebrado un mitin relacionado con este proceso.

Los diputados Sembat y Pressensé y el publicista Ronnet han acusado á la policía de Francia y España de simular grandes servicios para llegar á dar apariencias á las falsas bases sobre las que se ha hecho el proceso de Malato y compañeros.

Hemos recibido una carta de Mont Vale (Estados Unidos) firmada por los compañeros J. Vidal y P. Olives, en la que se nos dice que *viendo con marcado disgusto que las polémicas personales suscitadas en nuestros periódicos continúan y viendo que á queridos compañeros nuestros se les insulta y calumnia con más saña que á un Tressols, viendo la desorientación fatal en que se han colocado la mayoría de anarquistas encubriendo infames pasiones*, nos ruegan suspendamos el envío del periódico.

Aunque tanto la carta referida como el sobre llevan el nombre de nuestro periódico, suponemos que es una equivocación y

que no iba dirigida á nosotros. Por lo tanto nos abstenemos de contestarla y comentarla.

Para contribuir á los gastos de sostenimiento, la Escuela Libre del barrio 15 ha organizado una tómbola, para la cual se admiten regalos en el mismo local de la Escuela.

Hasta ahora se han recibido algunos regalos preciosos, que se han expuesto al público en el escaparate del Sr. Lucena y en Ciudadela y Alayor.

Hay mucha demanda de papeletas, por lo que es de esperar que el éxito sea lisonjero.

El sábado último, día 25 del actual, se unieron civilmente en Villa-Carlos nuestros compañeros Juan Manent y Catalina Marí.

La casa Sucesores de M. Soler, de Barcelona, nos ha enviado un Catálogo de las obras que ha editado, entre las cuales figuran la *Historia Natural*, de Odón de Buen, y otras de literatura selecta.

Dichas obras pueden adquirirse completas, dándose facilidades para los pagos, ó bien por cuadernos semanales, haciéndose á los compradores y suscriptores espléndidos regalos consistentes en cuadros y figuras artísticas. Algunos de estos regalos están expuestos en los escaparates del establecimiento del Sr. Lucena.

Para informes y catálogos pueden dirigirse en esta ciudad al viajante D. Francisco Purxet, Plana, 13.

Los compañeros Ramón Esplugues y Emilia Gisbert, de Alcoy, han tenido la alegría de que les naciese un hermoso niño que ha recibido el nombre de Amando.

Otro pequeño anarquista que se ha librado del remojón bautismal.

Suplicamos á todos los anarquistas que ejercen el oficio de tallistas sírvanse comunicar su dirección, para un asunto de interés general, á esta administración.

Varios anarquistas tallistas.

CORRESPONDENCIA

Tenerife.—«Luz y Vida». Recibido 5'85 pesetas. Esperamos aviséis cambio.

La Línea.—A. T. Hacemos modificación. Las 3 pesetas que dices aparecieron ya en Correspondencia.

Sevilla.—F. R. Damos por recibidas las 5 pesetas que dices has enviado á *Tierra y Libertad*.

Cullera.—A. P. Suprimos paquete y servimos suscripción.

Dowlais.—P. S. M. Recibido postal. Conformes.

Palafrugell.—J. Q. Damos por recibidas las 6'50 pesetas que decís habéis enviado á *Tierra y Libertad*. Haced el giro en la forma que decís, pues nos conviene más esta semana.

Córdoba.—J. M. Enviamos periódico desde esta semana.

Godolleta.—V. L. Enviamos paquete de dos números la semana pasada y continuamos enviando. *Justo Vives* no se ha publicado todavía.

Sama.—M. S. Recibido 3'50 pesetas por conducto de *El Productor*.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170, Mahón.